

POESIAS

DE LA SEÑORITA

DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA. ¹

Esfuerzo es de valor, tanto como de talento y de génio, dar á luz en estos malaventurados tiempos un libro de poesías. Hay algo de heroismo literario, algo de verdadera abnegacion en quien se atreve á poner su firma al pié de una coleccion de versos. Precisa es una vocacion irresistible; preciso es que el corazon se vea arrasado por una pasion, que no prevé ni calcula, que ningún placer ni satisfaccion alguna, más que la pasion misma, ha de venir á recompensar.

¡Un libro de poesías! ¡Á qué fin, ni para qué objeto le arroja el poeta enmedio de esta fútil y prosáica sociedad, enmedio del siglo positivo y financiero, enmedio de la literatura convertida en industria, á los piés del altar solitario del arte, condenado al olvido, ú objeto del desprecio?

Quien á tal se arroja, hechas tiene las pruebas del desinterés de su corazon, de su talento y de la pródiga riqueza de su alma desprendida. Ninguna recompensa le espera, ninguna!... ni la palma celestial del génio, ni aquellos aéreos perfumes de que vivian, como en su empíreo las deidades, los númenes de la imaginacion, que en los anti-

¹ Juicio publicado en *El Conservador*.—25 de Enero de 1842.

guos tiempos elevaba casi á su igual, y ceñía tambien con una corona de inmortalidad, la admiracion de un pueblo encantado y seducido.

Ahora no hay gloria. Ahora las artes no tienen templo, ni tienen culto: sus ántes reverenciados sacerdotes, convertido se hán en retirados y oscuros ermitaños, que han llevado á una escondida gruta su divinidad querida. Ahora no hay para ellos aplausos ni coronas. Ahora sólo les esperan, de un lado la crítica, armada de su tiente dolorosa y de su anatómico escalpelo; del otro, la ironía y el sarcasmo de la sociedad, que sin leerlos los juzga, y sin examinarles los condena.

¡Poeta!.... Este nombre tiene que ocultarle el triste que le lleva; tiene que rechazarle con desden el que sin embargo se afaná tan largos dias, y soñó tantas noches sólo por merecerle. Este nombre es para su felicidad un anatema; para su reputacion un escándalo; acaso hasta para su virtud y su moralidad, una mancha.

Sed poeta!.... cantad las maravillas de la naturaleza, las borrascas del corazon, las tristezas del alma, las esperanzas del cielo, ó la desesperacion del mundo; y en respuesta á vuestros cantos, y en eco á la expresion de vuestros afectos, os negarán la posibilidad de sentirlos. Sed poeta, describid las pasiones; que no creerán en las vuestras. Sed poeta, y hablad de virtud; que os llamarán hipócrita. Sed poeta, cantad el nombre de Dios; que os llamarán ateo. Sed poeta, dad al viento los ardientes suspiros de amor; y ninguna hermosura creará que podeis consagrarle vuestro corazon. Sed poeta, y no halle vuestra ideal fantasía bastantes placeres en la vida, bastante alimento para vuestro insaciable corazon; y ocultad cuidadosamente vuestro tédio y vuestro desaliento; llenad, aunque

sea de piedras, vuestro vacío; secad vuestras lágrimas, y no consagreis ni un suspiro á las ajenas; reíos y mostraos jovial y dichoso á la faz del mundo;..... porque vendrán los hombres positivos á probaros que sois feliz, á llamar manía vuestra tristeza y ridiculez vuestro dolor; porque vendrá la crítica á deciros que este—que la misma Religión llama valle de lágrimas,—es el mejor de los mundos posibles. Sed poeta, y dad á luz vuestros cantos; los sábios de los grandes volúmenes os llamarán compasivamente superficial, y deplorarán un talento perdido. Sed poeta, y publicad un libro, si los aterrados libreros se han decidido al arrojado de imprimirle; y os habréis incapacitado ante el mundo para todo lo que exige y supone ciencia, gravedad, perseverancia, estudio, conciencia, acaso virtud.

Pero sobre todo, sed poeta mujer; y á todas las desgracias y miserias de vuestro sexo, y á todas las agitaciones y tristezas de vuestro corazón, añadid una más grande todavía. Cuando la preocupacion de los hombres no os dispute la originalidad de vuestro génio, la de vuestro propio sexo os condenará á la pena, que en el pueblo de Aténas alcanzaba á todos los que por alguna calidad eminente se elevaban sobre los demás. No será el desprecio, no, que tanto no pueden; pero sufriréis el ostracismo.

Y sin embargo, preciso es que haya un encanto irresistible todavía en esta inclinacion que á ser poetas, y á confesarlo, y á gloriarnos de ello nos arrastra; cuando, á pesar de tantos obstáculos como se les oponen, y del triste galardón que las espera, hay almas todavía en gran número, que se inmolan generosas y ardientes á la profesion de tan austero sacerdocio; cuando en medio

del frío de esta sociedad, helada por el positivismo egoísta que forma su base, no se apaga aun el fuego sagrado del altar de la poesía; cuando todos los años vemos aparecer como brillantes y esparcidas chispas, multitud de colecciones de versos, que para sostener y conservar el culto del arte, basta que se escriban, ya que por desdicha no podamos asegurar que se lean.

No siempre son, á la verdad, centellas ardientes ó luminosas antorchas: hay tambien en esas apariciones, exhalaciones fosfóricas que cruzan las nubes, fuegos fátuos de aquellos que se ven alzarse efimeros en los cementerios. Pero sinó siempre alumbran ó calientan esos resplandores, revelan á lo ménos, á trechos y á ráfagas, la electricidad de la atmósfera; nos vienen á decir todavía por intervalos que hay en el corazón sentimientos, idealismo en la imaginacion, amor en la vida, calor en el alma: vienen algunas noches á arrullar el sueño en que el hielo del mundo nos aletarga, con dulces cantos y brillantes notas, que nos hacen ver ilusiones y maravillas, aunque al despertar nada veamos, y nada por desgracia escuchemos.

La poesía, en medio de lo positivo de la ciencia y del mercantilismo del arte, es como una de esas hermosuras coquetas que aparecen en la sociedad para desgracia de los hombres sensibles, y por las cuales, á su pesar, se mueren, y no obstante el ridículo del mundo, arrostrando burlas y desdenes, se sacrifican; mientras que tal vez otras bellezas ménos caprichosas y esquivas, que les brindan caricias y favores, suspiran desatendidas ó lloran abandonadas. No les importa su desgracia, ó el desfavor de su ídolo. Su placer es su pasión propia; su deleite, su mismo sacrificio.

¡Y todavía se quiere que la crítica se ensañe con los poetas! ¡Todavía se pretende que la pedantesca gravedad de la ciencia los proscriba, que la moral los destierre, como Platon de su república! Son sus libros acaso los únicos en que se revela sin disfraz el corazón: ¡y se les ha de poner en ridículo á nombre de esa verdad de convencion que reina en la sociedad! Son sus producciones acaso el último asilo adonde se ha refugiado la originalidad de nuestra literatura; ¡y se ha de decir que la corrompen! Son sus cantos la única protesta del espíritu que cree, y del corazón que siente, contra el escepticismo del siglo y el egoismo del mundo; ¡y se les ha de despreciar todavía como vanos y estériles y perniciosos!

«¡Hay tantos poetas!» decís con desden. — ¡Y porqué no guardais con más razon esa desdeñosa pedantería, para decir, ¡hay tantos filósofos, tantos políticos, tantos oradores, tantos publicistas!... y la verdad y la prosperidad de los pueblos, y la felicidad del género humano no adelanta un paso con sus vanas teorías, con sus reformas efímeras y sus revoluciones ominosas!—Á lo ménos la poesía no tiene tan altas pretensiones. Guárdese, pues, vuestra severa censura para los errores detenidamente pensados; quédense vuestras invectivas para la inmoralidad fría y calculada, para las teorías anárquicas, para la filosofía atea, para la moral disolvente.

Los poetas, los artistas, los cantores de lo ideal y de lo bello, los escritores que hacen vibrar todavía las flojas y enmohecidas cuerdas de nuestro corazón; los que prefieren al peligro de los extravíos de la inteligencia las emociones del sentimiento, bien venidos sean..... enhorabuena vengan! Nunca les diremos nosotros que *hay muchos*: nunca serán para nosotros bastantes. Nunca nuestra crí-

tica les condenará desdeñosa, sólo por el arte divino que cultivan, nuestro arte querido, nuestra primera pasion literaria, aunque despues, — á pesar nuestro y con harta amargura! — hayan venido otros estudios y otras taréas á ocupar nuestra inteligencia, y á surcar de precoces arrugas nuestra frente.

Y venga en buen hora, y bienvenida sea, descollando entre el coro de nuestros jóvenes poetas, la jóven y brillante Poetisa, cuyo libro anunciamos al frente de estas líneas. Venga: que nada tiene que temer de nuestra crítica ni de nuestra censura. Hace tiempo que esperábamos la ocasion de consagrarle el láuro debido á su mérito. Hace tiempo que hemos anunciado su nombre. Los bellisimos destellos de su génio han hermoseedo más de una vez nuestras columnas, y amenizado nuestras taréas ¹.

Nuestro fallo no puede ser dudoso; nuestro juicio está hecho muy de antemano. Porque acaso parezca — por esta razon misma — un tributo de gratitud, no es un juicio de parcialidad. Cuando vamos á calificar como una joya preciosa de nuestra literatura el libro de la SEÑORITA DE AVELLANEDA, no es sólo ciertamente porque hayamos mostrado de antemano alguna de las brillantes perlas que le adornan. Por el convencimiento de su mérito las habíamos insertado: ahora que ella las ha publicado y reunido, inconsecuencia sería que no se le concediéramos, y no le ensalzáramos en todo su alto y relevante valor. Prueba hemos dado de que la amistad no nos ciega, de que el entusiasmo no nos impone deberes de adulacion. Con la autora de *Sab* más severos hemos sido acaso que indul-

¹ Las de EL CONSERVADOR, Revista que escribia el Sr. Pastor Diaz en 1841 con los Sres. Pacheco y Cárdenas, y para la cual vió la luz pública este artículo.

gentes. Con la inspirada Poetisa no tenemos que faltar á la crítica entonando en su justo loor un canto de alabanza, y consagrándole por todo análisis un sincero y desapasionado tributo de admiracion.

No somos nosotros solamente los que emitimos este juicio; por eso le asentamos con toda confianza. Un célebre Poeta,—acaso el más distinguido entre todos nuestros líricos contemporáneos, y que aun entre los antiguos puede contar pocos rivales;—un Poeta, que conservando en su vigorosa ancianidad toda la frescura y lozanía de las inspiraciones de su juventud, no puede creerse que paga en sus juicios tributo á la debilidad de los años; un Poeta, que conservando como una tradicion viva entre nosotros, jóvenes é innovadores, la severidad del gusto clásico, la belleza pura de las antiguas formas, la robustez del lenguaje y la fuerza del pensamiento de nuestros autores del siglo XVI, no puede ser tachado de que se deja contaminar por el espíritu de nuestro siglo, y por las preocupaciones de nuestra literatura; el respetable DON JUAN NICASIO GALLEGO, cuyo nombre hemos leído con placer y veneracion al pié del prólogo con que se encabeza el libro que anunciamos, no ha vacilado en afirmar *que nadie, sin hacerla agravio, podrá negar á la señorita de Avellaneda la primacia sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en este como en los pasados siglos.*

Nosotros extenderémos á más nuestras alabanzas: nosotros tampoco vacilamos en asegurar que la preciosa coleccion á que nos referimos, puede sostener ventajosamente el parangon con las colecciones de mayor mérito que han dado á luz en este último período los poetas masculinos. Ninguno de ellos le excede en imaginacion,

en talento, en génio. Ninguno, en la grandeza, elevacion y originalidad de los pensamientos; ninguno, en la robustez y valentía de la expresion; ninguno, en la facilidad, pureza y armonía del lenguaje, en la riqueza del colorido, en la brillantez y propiedad de las imágenes; ninguno, en la belleza y en la variedad de las formas; ninguno en la espontaneidad de la inspiracion; muy pocos y contados, en la filosofia y profundidad de sus conceptos, en la extension y transcendencia de sus idéas.

Ábrase por donde quiera su libro, y no tememos haber de retractar nuestras alabanzas ante las pruebas de él sacadas. Haríamos un artículo interminable, si con ellas hubiéramos de corroborar nuestros asertos, porque tendríamos que trasladar á nuestras columnas su libro entero: habríamos de copiar íntegros sus bellísimos sonetos, modelos algunos de perfeccion, como el que encabeza sus versos, dando en él la Autora un triste adios á Cuba su Pátria; como el que se intitula *En una tarde tempestuosa*: habríamos de reproducir sus vagas letrillas, entre las que descuella el *Paseo por el Bétis, Á la mariposa y el ruiseñor*; ó los sentidos romances *Á un gilquero, Á un niño dormido y Á su Madre en sus dias*; y sobre todo tendríamos que insertar las composiciones profundas, fantásticas y elevadas, en que la Autora se deja arrebatar á la altura de la más ardiente y sostenida inspiracion.

Nada más grande y poético que su oda AL MAR; nada más ardiente y apasionado que los versos Á ÉL; nada más sentido y dulcemente melancólico que las bellísimas estrofas Á LA ESPERANZA, ó la triste elegía que lleva por título CONTEMPLACION; nada más vago y puro que su himno Á LA LUNA, ó más fantástico que su INSOMNIO ó LA SERENATA, ó más acabado y perfecto en versificacion y

estilo que las magnificas octavas AL GÉNIO. Nuestros lectores conocen ya la composicion titulada AMOR Y ORGULLO, esa composicion que sólo una mujer puede escribir. Á nosotros nos parece una de las mejores de la coleccion, y que bastaría por sí sola para dar á su Autora el nombre de Poeta, y asegurarle el lauro de una gloria duradera.

Y no es solamente siendo original cuando brilla su génio, y aparece como eminente artista. Hay traducciones que revelan tan grande talento como sus más bellos originales. Léanse algunas de Lamartine, especialmente la dedicada á BONAPARTE; la POLONIA, traducida de Víctor Hugo, y se conocerá cuanta facilidad y estro y número abriga quien tales dificultades supera. Sobre todo es á nuestros ojos de relevante mérito la imitacion de Víctor Hugo titulada LOS DUENDES, que ha merecido del Sr. D. Juan Nicasio Gallego una censura, con la cual no podemos convenir. Cualquiera que sea el mérito intrínseco de este fantástico capricho, y aunque á nosotros tambien nos ha parecido en el original un tanto extravagante, creemos que la traduccion ha hecho desaparecer las rarezas que le aféan, y que hay verdad y armonía y naturalidad en esa descripcion de las abultadas ilusiones de una noche agitada, en que la fantasia presta cuerpo real y formas temerosas á las molestas é informes ideas que sobre ella cruzan. Enhorabuena que califiquen esos versos como ridículas quimeras, los que tienen la fortuna de dormir siempre tranquilos un apacible y sosegado sueño, ó de trasnochar en una vigilia serena. El autor de estas líneas tiene la desgracia de haber sentido pasar muchas veces sobre el lecho de sus delirantes insomnios algunos *enjambres de duendes*.

Han tachado algunos los versos de que nos ocupamos,

de que falta en ellos aquella suavidad y ternura, que parecia debia ser el carácter distintivo de la poesia del bello sexo. — No dirémos nosotros que sobresalgan en esta cualidad más que en otras, ni tanto como en algunas. Ni es el sello de estas poesias la languidez, la ternura, ni tiene nada de bucólica, pastoril y afeminada la vigorosa entonacion de la ardiente poetisa Cubana: no hay ley más general en la naturaleza que la ley de los contrastes, ni hecho más constante que las reacciones. Á nosotros no nos parece que cuando una mujer toma la lira, necesaria y fatalmente ha de suspirar amores, ni exhalar blandas melodías. Acordémonos los críticos (los hombres) de la triste condicion del sexo hermoso, del destino nada envidiable que sobre él pesa: meditemos sobre ello, y despues, cuando alguna escritora rompe la coyunda á que las tenemos ligadas, y cede al impulso del estro que la agita, y del número que de ella se apodera, no esperemos sino la dureza de la amargura y el arranque de la reaccion en los esfuerzos vigorosos de ese súbdito que lucha, de ese esclavo que se emancipa.

Sin embargo, nosotros no asentimos á que carezcan de dulzura estas composiciones; de aquella dulzura que no está en la fluidez de las palabras, ni en lo almibarado y muelle de los afectos; de aquella dulzura, sí, que reside más honda en la profundidad del sentimiento y en la verdad de la situacion. Versos hay muchos en las composiciones que hemos citado, que han hecho așomar á nuestros párpados suaves lágrimas, y en cuya lectura hemos buscado alguna vez blando consuelo, ú apacible reposo á penosos accesos de congojoso esplín ó de lánguida melancolía.

Otros nos han hecho la observacion de que si estos ver-

sos son siempre buenos como versos, las composiciones no son á veces, como tales, acabadas, ni tienen siempre la unidad y las proporciones que les corresponden. Nosotros no creemos que la señorita Avellaneda haya llegado á la perfeccion y altura á que puede y debe encumbrarse; pero confesamos tambien que es muy aventurado analizar en una situacion tranquila las proporciones de lo que se escribe en la agitacion del estro poético, ó en los arrobos del entusiasmo; y que la inspiracion tiene su lógica peculiar, su unidad que le es propia, y que no percibe jamás quien no se entusiasma, ni se inspira.—Los poetas no escriben para esas almas.

No, no serémos linceos para los defectos, lunares, é incorrecciones que podrán tener estos versos; tanto más cuanto que podrémos haber sido topos para sus bellezas. No es la taréa nuestra la crítica de los preceptistas ó de los gramáticos. Á las producciones del género de la que analizamos, cumple otra crítica del corazon, del sentimiento. Crítica sin embargo más severa, más exigente, más escrupulosa todavía. La obra de la señorita de Avellaneda puede arrostrarla sin temor, y salir de ella espléndida y acrisolada. Nosotros creemos cumplir un deber en asegurarlo así, y en que nuestras manos puedan colocar una flor en la corona que de hoy más ciñe su hermosa frente.

Sólo sentimos que nuestro juicio no pueda tal vez servirle de consuelo, y que siendo de amigo, nuestro testimonio pueda á ella misma parecerle parcial y apasionado. Rogámosla empero que cuando oiga zumbar al rededor los murmullos de los que llaman fútil, y vana, y frívola á la poesía, recuerde que á las más grandes obras de la ciencia antigua han sobrevivido inmortales algunas frí-

volas letrillas de Anacreonte, y que no han perecido con los gigantescos monumentos de la grandeza romana las odas del flexible Horacio, ó los suspiros que exhalaba Tibúlo en el gabinete de Délia. Recuerde que acaso cuando la posteridad haya olvidado las estrepitosas cuestiones á que se dá hoy tan gran importancia en las regiones de la ciencia y de la política; cuando ni los nombres se sepan de los estadistas y oradores que tanto figuran hoy en la escena del mundo, y mil volúmenes de moral y derecho político duerman en el polvo de las bibliotecas, leeránse quizá todavía algunas estrofas de versos de los que en este período se han publicado, y el nombre de sus autores podrá sobrevivir á muchos nombres muy famosos hoy.

Por último, si la preocupacion ó la rutina hacen sonar en su oído que la ocupacion de hacer versos es incompatible con las taréas de su sexo, tambien á nosotros nos lo han dicho tanto alguna vez respecto á las del nuestro, que hemos abandonado ingratos nuestra aficion. Y despues de habernos engolfado en sérios estudios, en profundas meditaciones; despues de haber invertido algunos años de nuestra vida en el asiduo cumplimiento de graves deberes; despues de haber sido alguna vez hombres públicos, alguna escritores políticos; hemos vuelto muchas los ojos al dichoso tiempo de nuestros amores con las musas; hemos apreciado cada vez más los purísimos é inefables placeres del entusiasmo de las artes, y envidiamos ahora más que nunca, la facultad de hacer versos tan bellos como los de la amable y hermosa amiga, á cuyo talento, y á cuyo triunfo consagramos estas líneas.